

INTRODUCCIÓN

El mundo del siglo XXI puede ser un lugar desconcertante, pues a veces deja a los seres humanos con inquietudes e incertidumbres sobre su existencia, su razón de ser y las circunstancias de su entorno. Los tiempos de globalización borran más y más los últimos bastiones de certidumbre, diluyendo fronteras, cambiando constelaciones y creando espacios indefinibles dentro de los viejos contextos y parámetros establecidos. Posiblemente jamás en la historia ha sido tan evidente que no somos entidades constantes, sino sistemas abiertos, disipativos y reestructurantes que interactúan constantemente con otros y con el entorno. En este contexto, el concepto de la identidad y los estudios del yo y del otro gozan de un renovado auge en el interés general y académico.

El año 2010 fue de especial importancia con respecto al tema de la identidad, tanto en México como en Alemania. El 3 de octubre de 2010 Alemania cumplió 20 años de su reunificación. En México se conmemoraron 200 años de independencia y 100 años de la Revolu-

ción Mexicana. Los aniversarios de esos acontecimientos, que marcaron momentos cruciales para la identidad nacional en cada país, motivaron el debate sobre la construcción (o desintegración) de la identidad desde diferentes perspectivas, no necesariamente ligadas a estas fechas. Ya que el concepto del ser humano no es ontológico, como advierte Tzvetan Todorov (2003: 134), las cuestiones de identidad, de identidades y los estudios del yo y el otro incumben a distintas disciplinas, entre ellas la filosofía, la historiografía, la lingüística y la ciencia literaria. Por eso se invitó a investigadores de estas especialidades a contribuir a este volumen desde su particular visión. Sin embargo, las preguntas: ¿quién soy?, ¿qué significa ser yo mismo? o ¿quién es el otro?, no son fáciles de contestar para nadie. No siempre tenemos una respuesta consciente sobre quiénes somos y a dónde pertenecemos. Además, la respuesta a esta pregunta nunca parece ser absoluta. El término *identidad*, que deriva del latín *idem*, “el mismo”, implica invariabilidad y constancia. Sin embargo, si observamos los rasgos que componen la identidad o aquellos que generalmente asociamos con ella, tenemos que constatar que hay movimientos y cambios constantes. Aun así, parece conservar propiedades medulares, ya que, en retrospectiva, generalmente no tenemos la percepción de rupturas dramáticas en nuestra identidad sino más bien de una continuidad. Por otro lado, bien puede ser que esto se deba a nuestro hábito de reconstruir y redefinir nuestro pasado para que sea congruente a nuestra percepción actual, más que a una verdadera identidad a través del tiempo.

Como ya se indicó, la identidad puede ser definida desde muchos ángulos y distintas perspectivas disciplinarias. El denominador común es quizá la acepción de que se trata de un conjunto o aglomerado de significados y representaciones individuales y sociales que definen el *yo*, así como su rol y lugar en la sociedad.

Con esto, la identidad resulta ser algo que fundamentalmente depende de un *otro* que nos hace ver diferencias y similitudes, pero a través del cual también nos vemos reflejados. De acuerdo con Lacan, *yo es otro*,¹ pero también soy yo por no ser el otro y por identificarme

con los que son como yo. Ambos, la interacción *con el otro* y la interacción *frente al otro*, generan los patrones de identificación necesarios para que tanto el individuo como el grupo se den una imagen de sí mismos. Es un proceso de construcción tanto individual como social que surge de la interacción del individuo con su entorno (*cf.* el concepto en Berger y Luckmann, 1988). Como fenómeno eminentemente subjetivo, la identidad contiene un fuerte componente emocional que implica el reconocimiento y la valoración de la propia individualidad. Así, representa una percepción, por un lado, de la mismidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio y, por otro, del hecho de que otros reconocen esa mismidad. De ahí deriva la conciencia sobre el yo, que en una parte significativa se da a través de la relación con a) otros que el individuo percibe como iguales a sí mismo y b) aquellos que se perciben como diferentes. A esta dialéctica nos referimos con el título de este libro, *Alteridad y aliedad*, términos que utiliza Thun (1988)² para explicar el hecho de que en el comportamiento lingüístico hay convergencia con otros para constituirse como grupo, relación que expresa la *alteridad* del individuo que construye su identidad *con el otro*. Tal convergencia se debe a la voluntad para cooperar con los otros que el individuo reconoce como iguales o, por lo menos, como parecidos a sí mismo. Sin embargo, la convergencia nunca es absoluta porque al mismo tiempo el individuo emplea recursos lingüísticos para distinguirse dentro de su propio grupo. Por otra parte, el grupo como tal se delimita hacia otros grupos a través de demostraciones de su diferencia, lo que puede considerarse como un motivo (entre otros) de la variación lingüística. Tales relaciones de divergencia son expresión de la *aliedad*, proceso complementario a aquel de la alteridad y que consiste en la construcción de la identidad *frente al otro*. Por consiguiente, es importante señalar que la identidad no sólo es producto de los elementos compartidos con otros miembros de la comunidad sino que depende también de la interacción entre procesos de convergencia y otros de divergencia.

Podemos, de esta manera, hablar de identidades compartidas, en tanto individuos pertenecientes a un determinado grupo que com-

parten un conjunto de valores, tradiciones, símbolos, creencias y modos de comportamiento. Se genera y perpetúa una especie de identificación simbólica que realiza una persona con los otros miembros de su grupo social. La identificación simbólica se da en las interacciones cotidianas, desde ejercicios muy concretos como el comercio o intercambio de bienes hasta las interacciones simbólicas en imágenes, representaciones y discursos.

Alteridad y aliedad es una obra que aborda la construcción de la identidad en el pasado y en el presente, tal como se refleja en fenómenos lingüísticos, documentos históricos y en la literatura contemporánea. Si bien es cierto que la influencia mutua y las relaciones directas entre México y Alemania durante largo tiempo, desde su existencia como naciones, han sido comparablemente escasas, debe destacarse la interdependencia de muchos sucesos en Europa y en las Américas, sobre todo en lo que se refiere a las guerras napoleónicas y la batalla de Trafalgar, hechos que repercutieron decisivamente en los procesos de emancipación de los territorios en ultramar. Posteriormente, la situación política y demográfica interna en los reinos y ducados de Alemania provocó que muchas personas se desplazaran a tierras americanas, entre ellas México, aunque este país nunca fue un destino ideal para la gran mayoría de emigrantes. En todo caso, es innegable que, a pesar de que entre México y Alemania hay diferencias y desfases históricos sustanciales a ambos lados del Atlántico, el siglo XIX fue una época de profundos cambios políticos, de conflictos internos y externos, que acompañaron el surgimiento de México y Alemania como Estados nacionales. En México, la independencia dio origen a la “mexicanidad”, una nueva identidad nacional cuya evolución hasta hoy en día ha sido marcada por procesos dinámicos y convulsos de delimitación y denegación hacia la madre patria y hacia el gran país vecino de los Estados Unidos, así como también por discriminación contra las culturas indígenas en el propio territorio. En Alemania, una parte de la población adoptó la idea nacional en las guerras napoleónicas, pero hasta la fundación del Segundo Imperio Alemán todavía transcurrió mucho tiempo, en que, a pesar de la falta de una unidad

política ya existe ciertamente una vinculación cultural entre los reinos y ducados individuales (Kohut, 2010: 15-38).

Los ensayos incluidos en este volumen examinan aspectos diferentes de aquellas interacciones simbólicas, actuales e históricas, de mexicanos, alemanes y de otros grupos, que consisten en la asignación de particularidades identitarias a sí mismo, al propio grupo y al otro grupo percibido como distinto. En varios de estos ensayos se comprueba que las interacciones generalmente ocurren en torno a una relación entre la mayoría y una minoría.

El artículo de Thun, que abre este volumen, retoma el problema de la definición terminológica de los conceptos que escogimos para el título: *alteridad* y *aliedad*. El uso que le da Thun al segundo difiere del término *alteridad* que se utiliza por lo común en la filosofía e incluso en la lingüística, pero tampoco coincide con el significado de la *aliedad* que introduce Aranguren (1959). Como el autor reconoce, su propuesta terminológica de algunos años atrás no fue aceptada o al menos no adoptada por otros, lo cual se manifestó cuando invitamos a los participantes del coloquio, ya que muchos —que tuvieron el valor de preguntar a riesgo de revelar su desconocimiento— afirmaron: “Sé lo que es alteridad, pero ¿qué es aliedad?”. Por eso puede parecer un poco obstinado que mantuviéramos tanto el título como la propuesta terminológica. Sin embargo, considerando la clara fundación etimológica, así como su valor explicativo, nos parece justificada la propuesta, ya que, cuando de terminología se trata, más valen los argumentos cualitativos que los cuantitativos. Más allá de los razonamientos terminológicos, Thun presenta tres casos históricos distintos en que la relación entre diferentes lenguas o variedades (guaraní-castellano en Paraguay, alemán-portugués en Brasil y variedades del francés subestándar-estándar en Francia) muestra un cambio. Estos ejemplos ponen de manifiesto el potencial unificador, por un lado, y delimitador, por el otro, que muchas veces se ha atribuido a la lengua.

La aportación de Gustavo Leyva, “La identidad como proyecto”, es un ensayo sobre identidad y alteridad desde dos perspectivas filosóficas: una mexicana y otra alemana. Releyendo a Habermas y

a Villoro, Leyva explora el concepto, los problemas y los retos que enfrenta el Estado-Nación, sobre todo cuando éste abarca grupos étnica y culturalmente diferenciados. Un denominador común entre los dos pensadores es que en sus esbozos para la formación de una nación prescindien de una base étnica homogénea. Mientras Habermas subraya las bases positivo-jurídicas del Estado de Derecho y su implementación autónoma por medio de procesos democráticos, Villoro destaca la necesidad de reconciliar las exigencias de las instituciones políticas con los intereses de los pueblos indígenas en una suerte de democracia radical. Leyva encuentra en las propuestas de ambos autores una búsqueda para trazar un universalismo que sea respetuoso de las diferencias y, al mismo tiempo, posea una sensibilidad hacia el otro. Es también por este diálogo con el otro que la identidad puede ser considerada como un proyecto necesariamente incluyente, necesariamente respetuoso del otro y necesariamente inacabado.

En el mismo orden de ideas, Dietrich Rall, en “Identidades fantasmagóricas. Una indagación inconclusa”, resalta el carácter transitorio y gradual de la identidad que se crea con base en nuestra biografía y nuestras memorias. La memoria autobiográfica, sin embargo, está ligada también a una memoria colectiva por medio de la cual la sociedad y la historia influyen sobre la constitución de la identidad individual, que aun así no es invariable. A través del contacto y del diálogo con el otro, la propia perspectiva puede ensancharse y llevar así a una *fusión de horizontes* (Gadamer, 1984). La curiosidad por y la cavilación sobre la naturaleza de esta fusión de horizontes ha ocupado a muchos autores y pensadores latinoamericanos porque constituye el trasfondo de las sociedades latinoamericanas mismas, como refiere Rall, por ser mestizas, híbridas y heterogéneas.

María de la Luz Casas Pérez, en su artículo, “La construcción del ‘otro’ desde la organización de los imaginarios colectivos”, también parte de la suposición de que la relación con el otro es fundamental para la definición de la propia identidad. Por consiguiente, en vez de ignorarlos, la política también debe reconocer la presencia de pensamientos fundamentalmente distintos para la construcción de una

identidad nacional, con el fin de evitar la atomización social. De acuerdo con estos criterios, María de la Luz Casas hace un análisis crítico de algunas campañas publicitarias del gobierno y de la Iniciativa México, un proyecto lanzado por Televisa y TV Azteca, con motivo del bicentenario de la independencia y el centenario de la revolución. La autora contrasta el discurso oficial, divulgado principalmente por radio y televisión, con el contradiscurso difundido primordialmente por internet, y llega a la conclusión de que el imaginario social, del cual se construye la nación, depende de un discurso auténtico, solidario y respetuoso del otro.

Mario Ruiz Sotelo, en “La política del *Tzompantli*. Los vínculos ocultos en la noción de identidad nacional de México”, repasa 500 años de la historia de México para mostrarnos que la identidad nacional se construye sobre un mito fundador del miedo. El *Tzompantli* nahua o “muro de calaveras” es, según Ruiz, un símbolo de lo antiguo, de la continuidad y también del miedo. Este miedo, este manejo de lo oculto y lo antiguo arraigado en el consciente colectivo mexicano, es explotado e instrumentalizado por los diferentes sistemas políticos en México, desde la conquista hasta el actual gobierno panista. Ruiz narra, a través de un nutrido número de ejemplos en los que recorre la política mexicana, cómo la identidad nacional es cimentada sobre el fomento del miedo, con la consecuencia de que este temor sea ya una parte íntegra de la autoconcepción del mexicano actual.

México es uno de los países con mayor riqueza lingüística del planeta. Sin embargo, la convivencia o coexistencia de las lenguas, y, por ende, de las identidades culturales, no ha sido y no es siempre fácil. Ese plurilingüismo ofrece un campo de estudio fértil al que se consagra la contribución de Martina Schrader-Kniffki. La autora indaga sobre las construcciones de identidades lingüísticas, étnicas y sociales en los siglos XVII y XVIII en la región de Villa Alta, en el estado de Oaxaca. Su estudio busca entender la relación entre lengua e identidad, ampliando el concepto de lengua hacia el de *espacio comunicativo*, en el que interactúan y coexisten diferentes lenguas, en este caso, el español, el zapoteco, el mixe y otras. El concepto de *espacio comunicativo*

es esencial en esta discusión, ya que éste se entiende como una configuración relacional en la que interactúan los representantes de diferentes lenguas/culturas y construyen conjuntamente una realidad identitaria dinámica a partir de interacciones multilingües. El análisis de Schrader-Kniffki demuestra que en la época colonial existía una participación comunicativa de hablantes de distintas lenguas, hoy olvidada por los propios descendientes, que incluso preveía la producción de textos escritos para fines diversos en lenguas cuya presencia hoy en día se limita a mundos paralelos dentro del territorio nacional y a su escriptualidad a la escuela.

La contribución de Miguel Ángel Casillas, Verónica Ortiz y Jessica Badillo, “Los estudiantes indígenas de la Universidad Veracruzana: procesos de construcción identitaria”, ofrece otra perspectiva del plurilingüismo en el México actual. El trabajo se ocupa de un tema identitario de central relevancia en el contexto de la educación, concretamente de la educación superior, en México: la invisibilidad de los estudiantes con raíces indígenas. Los autores presentan un amplio estudio que se realizó en la Universidad Veracruzana, mediante el cual lograron establecer no solamente el número de hablantes indígenas (2,331), sino que también encontraron información importante acerca de la aceptación o negación de una identidad autóctona y cómo ésta también puede confrontarse con el hecho o la cualidad de ser estudiante. Casillas, Ortiz y Badillo descubrieron un grado relevante de negación institucional de las representaciones identitarias, así como también —y eso parece más grave— una autoexclusión de pertenencia a la comunidad universitaria en general y en tanto los estudiantes nahuas o totonacas prefieren inscribirse en disciplinas de nivel *blando-aplicado* por hallarse con la necesidad económica de elegir carreras profesionales que les permitan contribuir al sustento de sus familias. El trabajo refleja claramente cómo la no-construcción, la negación o la sustitución y la vaguedad de una identidad tienen consecuencias no sólo para el individuo, dado que no puede realizarse plenamente de acuerdo a su potencial y sus facultades, sino que también presenta un factor mayúsculo en la pérdida de talento humano

para la sociedad, así como la pérdida de oportunidades a fin de generar modelos (*role models*) para un sector poblacional marginado y con ello la falta de oportunidad de incidir positivamente sobre esta situación de alienación.

Wulf Oesterreicher aboga en su contribución, “El plurilingüismo europeo y las identidades nacionales en Europa: una propuesta”, por un modelo de aprendizaje de segundas lenguas que implica una jerarquización de las lenguas europeas. En resumen, este modelo puede ser concebido con cuatro aristas fundamentales: primero, aprender la lengua materna; en segundo lugar, aprender inglés (como la lengua franca de la ciencia); en tercer lugar, una lengua europea de gran difusión, y, finalmente, también una lengua vecina, esta última dependiendo de la ubicación geográfica de los hablantes. La vehemencia de la propuesta a jerarquizar las lenguas europeas seguramente generará reacciones, sobre todo por parte de los representantes de las lenguas minoritarias, pero, de cualquier modo, constituye una alternativa al apoyo meramente retórico que hoy por hoy suele dominar en los discursos políticos sobre la situación lingüística en Europa. Aquí se concretan las postulaciones de una diversidad lingüística que, contenidas en lo abstracto, sólo continuarán disminuyéndola. Con esto, se retoma lo analizado en la contribución de Schrader-Kniffki, referente a un caso histórico en México: la construcción de un espacio comunicativo que permite el desarrollo y la coexistencia de varias lenguas, tomando en cuenta aspectos relacionales, históricos y de elaboración lingüística (*Sprachausbau*). Este espacio comunicativo relacional es un mundo de vivencias y de experiencias que permite una construcción identitaria lingüística basada, entre otras cosas, en los vínculos que tiene cada comunidad con los vecinos. Oesterreicher es consciente de las dificultades e implicaciones que su modelo conlleva en el ámbito de la política lingüística. Sin embargo, sostiene que el modelo llevaría a una renovada conciencia lingüística europea y a una discusión reavivada del plurilingüismo y las identidades lingüísticas en Europa.

En “Títulos nobiliarios e identidad a debate en el primer Congreso mexicano (1822)”, María Eugenia Vázquez Laslop estudia la

problemática de la construcción discursiva de las identidades y de las relaciones de los actores políticos en ese primer Congreso celebrado después del proceso de la Independencia de México. La autora se concentra en las discusiones sobre los tratamientos honoríficos de la incipiente monarquía constitucional mexicana, las cuales reflejan la contienda por la identidad y las dificultades de encontrar una nomenclatura apropiada para la nueva situación política. Las actas del Congreso permiten vislumbrar que aún faltaba un concepto definido de nación y que su construcción, sobre una base social y étnicamente tan heterogénea como la representaba el pueblo mexicano, no era un ejercicio sencillo. Los resultados finalmente aceptados por el Congreso, como sabemos, no fueron duraderos.

Mariano Torres aborda en su artículo, "Asimilación y repulsión de los franceses durante la construcción del Estado revolucionario. 1920-1945", la condición de los inmigrantes franceses en el nuevo Estado revolucionario mexicano, para explorar la interacción y/o confrontación de diferentes identidades étnico-culturales. Con este propósito, somete a estudio de caso la historia de cinco emigrantes franceses en diferentes condiciones de vida y diferentes regiones de México. Un caso se encuentra en la ciudad de México, otro en una hacienda en Atlán, en el norte del estado de Puebla, un tercero describe la situación de la viuda francesa de un hacendado en Zacatecas, un cuarto caso describe el entorno de una familia de origen francés pero nacida en el sur del estado de Puebla y, finalmente, el caso de un empresario en la ciudad de Guadalajara. Independientemente de sus condiciones de vida, estas personas lograron integrarse y ascender a la élite de la sociedad posrevolucionaria. Sin embargo, como muestra el autor, la identidad o, en este caso, la procedencia distinta puede surgir como problema y ser instrumentalizado incluso después de muchos años de integración exitosa cuando la situación política lo provoque. La alteridad de los franceses es utilizada como argumento en contra de ellos por parte de los protagonistas del movimiento agrarista en las disputas sobre tierras.

La inmigración alemana a México en el siglo XIX tuvo, en varios sentidos, similitudes con la francesa, como se puede apreciar en el

artículo de Walther Bernecker, “‘Naturales del país’ y forasteros. La sociedad mexicana y alemanes residentes en México en el siglo XIX”. En ambos casos pueden identificarse motivos socio-económicos y también políticos de la emigración de Europa donde los liberales se veían limitados en su expresión política. Sin embargo, Bernecker refiere que las convicciones liberales inicialmente prevalecientes entre los inmigrantes propiciaron actitudes más germano-nacionalistas y militaristas en la medida que Prusia extendió su poder en Europa. Pero, independientemente de los acontecimientos europeos, entre los alemanes en el México decimonónico también parece haber predominado un sentido de superioridad con respecto a la sociedad receptora, acompañado de un cierto etnocentrismo que impedía la integración plena a esta sociedad. Después de su análisis, Bernecker concluye que los alemanes en México del siglo XIX no pretendían asimilarse a la sociedad mexicana, así como tampoco el Estado mexicano mostró grandes esfuerzos por integrarlos.

En su trabajo, “Visión del indígena en el discurso del México colonial: entre lo ajeno y lo propio”, Beatriz Arias examina los discursos de una serie de documentos históricos escritos por diferentes grupos de españoles sobre los naturales del Nuevo Mundo. En ellos se manifiestan las creencias sobre el mundo indígena y la propia imagen de los españoles en el siglo XVI. Como Arias señala, las representaciones que se forman del mundo indígena se crean bajo la impresión de la confrontación con los árabes y judíos en España. En la literatura medieval destaca sobre todo un discurso de autoelogio y un sentido de superioridad de los cristianos sobre los judíos y árabes, el cual se repite en el discurso de los conquistadores sobre el indígena, resaltando la inferioridad cultural de éste. Pero es sobre todo la cuestión de la fe en que los españoles se ven como seres superiores, lo que para ellos justifica la intervención y la dominación de los indígenas. Es particularmente llamativo que en algunos textos de autores religiosos el juicio sobre los indios cambia cuando éstos se convierten a la fe católica, ya que entonces los indios se vuelven mejores que los propios españoles. En otras palabras, cuanto más se asemeja el otro a la propia

autoimagen más aceptable es, desde la perspectiva de los españoles de la época colonial.

Como podrá observarse, el tema de la identidad puede abordarse desde muchos ángulos diferentes. Así, los artículos de este libro consiguen tejer un panorama amplio y necesariamente incompleto, pero siempre enriquecedor y que invita a futuras exploraciones sobre el complejo fenómeno de la construcción identitaria desde la alteridad y la aliedad.

Los coordinadores

Notas

- 1 *Cfr.* la discusión del concepto de Lacan *yo es otro* y de Rimbaud *Je est autre* en José Manuel García Arroyo y María Luisa Domínguez López (2011: 31-41).
- 2 Thun (1988) basa su terminología en la diferencia semántica entre el latín *alter*, “otro”, en el sentido de “uno de dos”, y *alius*, “otro”, en el sentido de “uno distinto”.

Bibliografía

- Abrams, D. y M. A. Hoog (1999). *Social Identity Theory and Social Cognition*. Oxford: Blackwell.
- Aranguren (1959), “Ética de la alteridad”, *Cal y Canto*, núm. 1.
- Berger, P. y T. Luckman (1988). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Burke, P. y J. Stets (2009). *Identity Theory*. Nueva York: Oxford University Press.
- Cooley, C. (1902). *Human Nature and Social Order*. Nueva York: Scribner.
- Gadamer, Hans-Georg (1984). *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- García Arroyo, J. M. y M. L. Domínguez López (2011). “Aproximación al ‘Esquema L’ de Lacan y sus implicaciones en la clínica (Parte I)”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 31 (109), 31-41.
- Jenkins, R. (1996). “Theorising Social Identity”, en: Richard Jenkins, *Social Identity*. Londres: Routledge, 19-28.
- Kohut, K. (2010). “Miradas cruzadas: las relaciones culturales entre México y Alemania en el siglo XIX (con un anexo sobre viajeros alemanes, austriacos y suizos en México)”, en: Kohut, Mayer, Von Ment y Torales (eds.), *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, 15-38.
- Mier, R. *et al.* (2004). *Identidades en movimiento*. México: Praxis/Archivo Histórico del Municipio de Colima.
- Thun, H. (1988). “Abgrenzung durch Sprache, Abgrenzung in der Sprache”, en: Albrecht, J., J. Lüdtke y H. Thun (eds.), *Energeia und Ergon. Sprachliche Variation, Sprachgeschichte, Sprachtypologie. Studia in honorem Eugenio Caseriu*, vol. 2, Tubinga: Narr (Tübinger Beiträge zur Linguistik, 300), 467-485.